



CAPITULO VIII

«Unas cuantas monedas me traen la vida».

GUIRAUD

No, señora Adriana; mientras que yo, imitando á Santo Tomás, no haya hundido mi dedo en el costado de nuestro Señor, no podré creerlo! ¡Si no es posible! ¿Y estáis convencida, estáis segura de lo que me decís?

—¡Tan segura como de la edad que tengo!

El doctor hirió el piso con el cuento de su bastón profiriendo algunas palabras incoherentes. Un vivo enojo modificaba el bondadoso gesto de su semblante apersonado.

—Repetídmelo todo otra vez, pero muy despacio, con serenidad.

La señora Adriana recogióse en meditación. Y luego dijo:

—Fué ayer, de cinco á cinco y cuarto... cinco y veinte; bueno; poco importa. Yo pasaba por la sala amarilla para abrir las celosías, y ocurrióseme mirar por la cerradura de la puerta del salón... Porque, ó se es verdaderamente enfermera ó no; cuando una teme algo de su enferma no hay escrúpulos que valgan, ni se deja perder ninguna picardía ni travesura que sirva para la mejor vigilancia. Recuerdo que hace unos quince años cuidaba yo á un viejo muy raro, noble...

Lecharme la contuvo sin rodeos.

—Dejemos eso, y no enredéis las cosas...

Ella, un tanto mortificada, prosiguió:

—...Pues me puse á mirar por el ojo de la cerradura, y ¿qué ví? vi á la señora que movía una bolsa azul, gorda, llena de piezas de oro que relumbraban entre las mallas... ¡pero, cómo, cómo brillaban...! Y ví que después se acercaba al señor

Dionisio, y haciéndole una reverencia muy profunda, le puso en las manos toda, toda la bolsa ¡paf!.

—¡En sus manos! ¡Oh! ¡Es estupendo!—exclamó el doctor.—Es estupendo... Y él, ¡claro! la rehusaría; la rechazó ¿verdad?

—¿Qué dice de rechazar? El señor Dionisio, sonrió, y se la guardó en su faltriquera, diciendo no se qué de «*Sea para la causa; al servicio de la causa*»; algo así... La señora parecía muy dichosa.

Lecharme la atendía avanzando y juntando sus gordos labios como un hocico. Hizo una mueca de inquietud y repugnancia, y exclamó:

—¡Puaf! ¡Es un alma baja, ruin, concupiscente!

Después, despidiendo á la estanciera con un blando ademán, dirigióse hacia la puerta del aposento de la señora.

Y al pisar el umbral, se detuvo; y volvióse digno y melancólico.

—Me abstendré de visitarla hoy... no tengo valor... Y además, francamente, no lo merece.

Y murmurando tomó su caña y su sombrero, que reposaban en una bu-

taca de terciopelo de Utrecht, y salió con las manos cruzadas á la espalda, la cabeza abatida, en actitud un poco teatral de varón honorable que siente inmensa pesadumbre.

Ya fuera, respiró abundantemente; quitóse el sombrero para abanicarse; y con la boca plegada por amargas preocupaciones, fué vertiendo trozos, girones de frases que los transeuntes recogían pasmados, volviéndose á mirarle con ojos de burla y compasión.

—...Llena de monedas de oro... de oro... ¡Y él, se la guardó! ¡Oh! he de decirle muy clarito: caballero, sois un salteador de caminos, un raposo de hogares, un...

En este instante, una mano recia, pesada cayó sobre su espalda mientras una voz muy conocida le saludaba alborozadamente.

Alzó la mirada, y se estremeció viendo á Roulette.

—¡A... á vuestra casa iba!—balbució Lecharme.

—¿Alguna novedad?—le preguntó el cómico regocijado y ufánísimo.

El doctor, no repuesto todavía del brusco encuentro, tartamudeó:

—Si... no, alguna, es decir, poca cosa...

—¡Explicáos, hombre, hablad!

Y Roulette le cogió familiarmente del brazo; se lo tomó con autoridad.

Aunque exasperado, iracundo contra ese caballero sin crianza, Lecharme no rechazó el impertinente brazo que se enlazaba al suyo, sino que antes con enérgica presión de su codo se lo acercó más, como si recibiese valor de su contacto; y dibujando gradualmente su boca una sonrisa picaresca, dijo:

—¡Caramba, caramba, buen mozo! ¡Parece que no rechazamos los presentes y dádivas de Artajerjes!

Turbóse un momento Roulette; pero recuperóse luego, y fingiendo una profunda sorpresa, exclamó:

—¿Qué queréis decir, mi buen doctor? no comprendo palabra...

—¡Oh, comprendéis demasiado! ¡no hagáis el inocente!

—Pero, decid, explicáos, porque os juro que no...

—Es inútil negarlo: estoy al cabo de todo; ¡todo lo sé, todo! Que la condesa... os ha entregado... os ha entregado... os ha dado...

El rostro del comediante se iluminó.

—¡Ya, sí! ¿Lo del otro día? ¡Bah, una miseria, una ruín miseria!... ¡Cómo podéis conceder importancia á tan mezquino obsequio! ¡Increíble parece que el doctor Lecharme!...

—Permitidme, permitidme — le contradijo el médico. — Si no he sido mal informado se trata de una hermosísima y repleta bolsa azul...

—¡Esperad! — Y Roulette quedóse reflexionando. — ¿Una bolsa azul? ¿Azul?... no lo recuerdo bien; pero, en fin, después de todo es muy posible...

—Azul y toda llena de monedas de oro.

Detúvose Roulette, y con entonación, que se fué haciendo severa, le interrogó:

—¿Y cómo habéis podido averiguarlo?

El doctor hizo un gesto enigmático y malicioso.

—¡Mi dedo chiquitín! ¡Este meñique!

—¿Es quien os lo dice, quien lo averigua todo?

—¡Exactamente!

—Bien; ¿y qué? ¿A dónde vais á parar? ¿Qué os proponéis ahora? — le repuso el farsante con rudeza y descaro.

Palideció el médico; titubeó...

—¡Oh, nada, querido, nada!

—No es verdad. Adivino que abrigáis algún propósito, que tenéis una segunda intención...

—Que no, que no la tengo. ¡Puedo jurarlo!

—¡La tenéis, la tenéis!

—Ni la más mínima, os lo repito... Sólo que yo imaginaba... yo creía...

Roulette le interrumpió brutalmente:

—Sí; que partiríamos las ganancias... ¿no es eso? ¡vamos, hombre, confesadlo!

Al oír estas palabras, Lecharme soltó el brazo del miserable, y su mano trazó un gesto de altiva protesta.

Pasado este primer movimiento de indignación, debieron acudirle otras ideas menos caballerescas pero más prácticas, porque el señor Lecharme bajó su cabeza, se enrojecieron sus pómulos, y murmuró con toda sencillez:

—¡Dios mío! ¿para qué negarlo? Si; ¡sí lo esperaba, esperaba siquiera una cuarta parte!

Roulette le midió con la mirada, en silencio, impenetrable. Y el doctor, fué animándose, poco á poco, reforzando su pretensión con argumentos justificadores.

—¡En conciencia, amigo mío, no podéis, no debéis cobrar el sueldo por duplicado! Seamos razonables, ¡qué diablo! ¡Tened en cuenta, querido, que ya percibís de mis pobres honorarios el precio de vuestras visitas; yo no soy ningún potentado! ¿No es equitativo que de vuestras ganancias...?

Pero, Roulette negó agitando la cabeza, y rígido, glacial, decretó:

—¡Ni un céntimo, ni uno de los dineros que yo recibo aparte, de otras manos! Ese no lo cuento.

El doctor gritó con viveza:

—¡Ah, buen mozo, tenéis demasiado apetito!

Y el farsante le atajó insolentemente, riéndose.

—Me cargáis. Si tengo provechos mejor para mí y peor para *otro*. ¿Entendéis? ¡Lo que cae dentro de la

trinchera pertenece al soldado! Y además ¿queréis saber la opinión que tengo de vuestra persona? Pues bien: ¡me parecéis un saltimbanquis!

Palideció Lecharme al recibir la injuria, é instintivamente hizo el amago de alzar su bastón—una pobrecaña flaca y rajada que temblaba entre sus dedos seniles—pero, Roulette agarrándole por la barbilla, con su pulgar y el índice—una tenaza de hierro—le hizo piruetear sobre sus tacones; y sin soltarle y contemplándole con desdeñosa lástima, le dijo:

—¡Eh, nada de juegos, abuelito, ó te desuello vivo!

Habían sido vistos de las gentes. Hasta las más distantes acudían ganosas de presenciar tan bello pugilato. Vendedores y obreros y una chusma soez gritaban cruzándose apuestas socarronas:

—¡El señor, el burgués se acobarda!

—¡El viejo es de pelo en pecho!

Entonces, Lecharme representóse imaginativamente que los recios zapatos de Roulette le paseaban y golpeaban todo, entre las aclamaciones

de una plebe insolente, regocijada, abyecta, y vióse transportado á su casa en unas angarillas, desmayado y escarnecido.

Sin embargo, no; no temblaba. Sostuvo valerosamente la fría y desdeñosa mirada de Dionisio; y como éste le preguntase sonriendo, con provocativo talante:

—Luego, ¿esto es declaración de guerra?

—Si, señor, y con todos sus riesgos—le repuso el médico.

—Está bien.

Y se apartaron sin saludarse.

Caminaba el doctor con inseguro paso, vacilándole las rodillas.

En tanto el monarca, cruzados los brazos, meditaba; pensaba en la Causa, en esa vieja monarquía hereditaria que después de tantos siglos... y en las bolsas de mallas azules, que algunas rancias y honestísimas señoras entregan con tanta largueza...



CAPÍTULO IX

«Nada hay imposible. Existen caminos que llevan á todas partes y conducen á todas las empresas. Si tuviéramos suficiente voluntad, tendríamos sobrados medios.»

LA ROCHEFOUCAULD

EN la semana inmediata á los anteriores sucesos, el Dr. Lecharme fué avisado, por un lacónico billete, de que la señora condesa había decidido «privarse de la asistencia de un atrevido charlatán que sólo por codicia se le había acercado».

Esta inmerecida desgracia hirióle como un rayo.

Resueltamente dirigióse á la mansión de la señora de Saint-Salbi; y en el vestíbulo le salió Brígida, emboscada como una avanzada centinela, y empuñando una escoba.

Brígida, indiferente, seca como si no conociera á quien antes se apresuraba á recoger el sombrero y el bastón, declaróle sin dejar su faena, «que la señora estaba en consejo con su majestad y no permitía que se le estorbare.»

Preguntó Lecharme por la enfermera; y supo, con indecible pasmo «que había sido despedida y enviada, dos días antes, á su casa de Sisteron».

—¡De manera — terminó Brígida — que sólo os queda una cosa que hacer: trotar pronto á la calle!

Y, al mismo tiempo, le indicaba con su dedo grosero la ancha escalera, ¡aquellos mismos peldaños por donde él había subido al bellaco de Roulette, ese ruín pirata que le había suplantado y apoderábase de todo por el resplandor postizo de una corona irrisoria!

...—¡Oh, sí, señora, sí—había afirmado días antes el histrión á la condesa.—Ese doctor de aventura, ese despreciable curandero, maquinó delatarme á la alta policía...

La condesa de Saint-Salbi, estremeada de espanto, gritó:

—¿Quién? ¿Lecharme?... ¡Es posible, Señor!

—Señora, sí; es seguro. Me consta que hace oficio de escucha en los hogares á donde se le llama por su profesión. Se va insinuando, insinuando en la intimidad de las familias... Y os diré más aún; os diré que un pequeño robo no acobardaría su ánimo...

—¡Cielos!

—Bajo su apariencia bondadosa y casi cortesana, se esconde un malvado lleno de infamias. Pasa su vida en las pocilgas sociales, y posee el terrible misterio de los bebedizos, de los venenos como la Brinvilliers.

—¡Oh, entonces, este hombre es un villano! En otro tiempo con una carta reservada del Rey habría bastado para...

—¡Eso era antiguamente! Yo os lo hubiera enviado á la Bastilla ó al fuerte del Obispo...

Y levantóse para despedirse.

Pero, la señora le retuvo diciéndole:

—Sire: desde mañana, el doctor, y esa Adriana, que me parece su cómplice, serán expulsados de mi casa

para siempre... Y ahora permitidme: ¿qué día... cuándo se dignará vuestra majestad cumplir el más querido y ardiente de mis ruegos, de mis ansias, viniendo á establecerse, á vivir aquí, y reposar bajo mis techos vuestra cabeza fatigada?

Roulette hizo una indulgente sonrisa sacerdotal, tan fina, tan delgada, que apenas alteró sus labios, y aparentó negarse, aunque tibiamente. «¡El, ocupaba, un sencillito alojamiento, en un apartado barrio de su querido París...! Los servidores y oficiales no iban á enfadarle... ¡Oh, estaba bien!... Además: si aceptaba su generosa oferta, y... era descubierto más tarde... ¡Oh, no se perdonaría nunca, nunca haberla comprometido!

Pero ella insistió, tendiendo las manos con desesperación:

—¡No os neguéis, no rehuséis! Vuestra majestad estará en su misma casa, tranquilo, aislado en sus habitaciones; nadie osará acercarse, nadie habrá de enojarle.—¡Y vuestra esclava será tan dichosa!

Y entonces, él accedió con esa melancólica debilidad de un padre tier-

nísimo que no quiere entristecer á su hijo muy amado.

—¡Bien, condesa: sea! ¡Recibid mis gracias! Y ya que lo exigís, dentro de cuarenta y ocho horas, el Rey de Francia no tendrá otras Tullerías que vuestra morada!

Al siguiente día, Roulette se hizo llevar su equipaje: un cofre enorme y rudo con tirantes y abrazaderas de cuero y fuertes cierres, un verdadero cofre de emigrante que expresaba todas las angustias, todas las tribulaciones del desterrado.

Lo pusieron en la primera de las tres estancias preparadas por la señora de Saint-Salbi. Una ante-cámara con banquetas de encina, colgada de rancio damasco color de frambuesa; un salón verde-agua, y un dormitorio malva, constituían el alojamiento del Príncipe, sin contar el gabinete de trabajo, en una de cuyas primorosas vitrinas de tuya, puso la condesa media docena de escogidos autores: el Dante, Parny, Fléchier, Collin d'Harleville, Milton...

A las nueve de la noche, sin criado, sin nadie, completamente

solo, presentóse el soberano de Francia, vestido el mismo traje que llevara en sus pasadas visitas.

Aguardábale la dama, con una girándula en su mano; le besó devotamente los hinojos, y lo llevó hasta el umbral de sus estancias. Allí, palpitando de emoción que hacía temblar el candelabro entre sus dedos, dijo:

—Vuestra majestad ha entrado en su humilde mansión. Mandad, señor, y seréis acatado.

Y El, contestó:

—¡Gracias, gracias! necesito reposo; podéis dejarme...

La señora desapareció, vacilando de contento, insensible á las gotas de cera ardiente que le llovían sobre sus pobres manos.

Cerrada la puerta, Roulette emprendió, con lentos pasos, el minucioso examen de sus habitaciones.

Sobre las chimeneas y en los ángulos había peregrinas plantas tropicales, sabiamente colocadas, cuyas hojas, relucientes y duras como de zinc, se abrían feroces, todas erizadas de pinchas negruzcas. Le gustaron más los pomos de violetas desbordando de cálices de Sevres.

Habían quitado las fundas de las lindas butaquitas, que parecían sentir frío y pudor de verse tan desnudas, enseñando sus marchitos encantos, los ajados tesoros de sus sedas rameadas. Colgaban de las paredes retratos de Luis XVI y de María Antonieta; encima del rojo mármol de una panzuda cómoda, resplandecían los frascos de cristal purísimo, anillados de oro, de generosos licores; y presidiendo un magnífico mueble con embutidos de cobre, mostrábase en amplio óleo la señora de Saint-Salbi en su mocedad, vestida según la usanza de 1818: una corbata de las llamadas *jet-d'eau*, ropilla de talle bajo, pantalón de mameluco y el manto á la *Mina*.

Roulette iba y venía, huroneándolo todo, palpando el damasco de los sofás, reconociendo con el pie lo profundo de las alfombras, más blandas y suaves que los vellones, escudriñando la hondura y grosez de los cajones de los armarios, con miradas inquisitivas y audaces, que luego rechazaba con estrépito.

Solemne, grave, dejábase caer ya en las delicadas sillitas de dibujo de

lira, ya en butacas mullidas y rechonchas; y cruzaba las piernas, y apoyaba la diestra en la abertura de su chaleco, como hombre elegante, ilustre y cansado. De tiempo en tiempo tarareaba.

Después, abriendo la ventana de su dormitorio, acodóse sobre los balaustres, descansando la barba en su mano.

A las débiles luces de los faroles de aceite, la vasta plaza con sus pequeños guijarros verdes de musgo y enmohecimiento, se extendía como un siniestro lago.

Los viejos edificios dormían en profunda paz. Una celosía golpeaba dentro de las tinieblas.

Y Roulette soñaba, soñaba en la ilustre vejez que le había sido reservada. ¡Oh, sus cabellos encanecerían del todo rodeado de una honorable opulencia lograda por la eficacia de sus méritos y virtudes! ¡La Vida y hasta la Muerte le sonreían halagadoras!

Mucho tiempo estuvo entregado á sus imaginaciones deleitosas. Ya vencido del frío de la noche, cerró la ventana, y acostóse en su noble

lecho. Y cuando se estiró y refociló en los delgados y olorosos lienzos, y gustó la cálida molicie de las plumas, abiertas las piernas, los riñones y la espalda dichosamente sumidos en blando huella, el cráneo descansando en blasonados cabezales bajo la agónica y piadosa mirada de un gran Cristo de marfil que abría sus brazos enjutos, retorcidos entre los reposteros del dosel, una desconocida bienandanza, un íntimo y dulce sosiego nunca gozado le invadieron repentinamente, y en un vago y placentero éxtasis imaginó toda su nueva vida, transformada por una gracia del Señor: «¡Desde ahora pertenezco á la esclarecida familia de las gentes opulentas y de los hombres honrados!» Complacióse en su corazón; se aprobaba á sí mismo. Y se amó mucho.

Luego, en un generoso arranque de gratitud, acaso un poco irreflexivo—Roulette hizo á Dios voto firmísimo de socorrer en adelante á los necesitados, ya que la pingüe hacienda de la señora daba para todo, muy holgadamente.



CAPÍTULO X

«Yo nunca diré. «¡Os amo!» Vuestro rango me lo prohíbe.»

MARMONTEL

PASÓ el mes de marzo; y el histrión comía, se acostaba y seguía viviendo en casa de la señora de Saint-Salbi, que curaba severamente de infringir lo menos posible las estrechas reglas y disciplina de la etiqueta cortesana. Le servía ella misma, puesta de pie, detrás del regio asiento, tocada por una cofia de Alençon, atenta al pan, á la copa, á la salvilla de la sal... Y aunque el monarca insistía algunas veces para que ella se sentase á la mesa, nunca la señora se atrevió á obedecerle.

Acabada la comida, la noble dama,

según usanza, presentábale el aguamanos.

Por la tarde, asistida de Brígida—tan gravadosa que nadie la hubiese creído complicada y medianera de la formidable impostura — dirigía los preparativos de la cena; y por la noche, antes de las once, ofrecía al Príncipe un delicado refrigerio.

En el almuerzo, el soberano engullía vorazmente una docena de ostras con zumo de naranja agria, aves rellenas; y de postre, Brígida que era maestra en maravillas de repostería, presentaba unos riquísimos pasteles de los que él era muy aficionado.

Las mañanas pasábalas frente á frente de la maniática, en pláticas preciosísimas, inapreciables, á no ser que tuviese que retirarse á su cámara para el estudio y meditación: «para pensar» ¡La salud de su amada Francia le inquietaba constantemente su ánima!

—¡Yo no sé—decía—si subiré alguna vez al trono de mis padres; pero si la Fortuna me llevase á mi alto asiento, no os asombréis, señora de lo que hayáis de ver, de lo que yo he de realizar!

Entonces conversaban y discutían templadamente de los abusos que convenía remediar, y de las reformas que era preciso acometer.

—Nada de tributos, Sire—declamaba ella inspirada, febril.—Sed piadoso con el pueblo, pero no tan débil como vuestro augusto padre, y recibid enseñanza de las pasadas flaquezas. El siglo ha cambiado, ha avanzado mucho. He aquí que hemos entrado en una época en que la monarquía debe hacerse liberal, democrática, moderna...

Y el soberano aprobaba con un gesto sencillo.

—Así, así habla una francesa animosa...

La cual proseguía:

—¡Sí, vuestra majestad reinará; tengo fe inquebrantable, y vuestro reinado ha de ser una era de gloria pacífica, de prosperidades duraderas!...

Y ya la visionaria señora *veta* las ceremonias flordelisadas de la Coronación; las fiestas populares, los timbaleros á caballo, mortarretes, montgolferes, mosqueteros, piezas de oro troqueladas con la efigie del Señor,

y hasta los árdulos consejos que El presidiría, más tarde, ante una maciza y rancia mesa vestida de seda de China, rodeado de sagaces diplomáticos en acecho, el índice extendido sobre un mapa de Europa...

Dejábala hablar el soberano: y después, pronunciaba melancólicamente:

—¡Ah, pero cuántos embustes y supercherías ha de descubrir y frustrar antes vuestro Rey!... He sabido que un tal Naundorff... un bellaco relojero...

La señora alentábale cariñosamente:

—¡Vamos, Sire, dejad á esos intrigantes; creedme, y no penséis siquiera en esos ruines, y confiad en Dios!

Pero, con más abatimiento, el monarca respondía:

—¡Tengo tantos enemigos!

—¿Vos, Sire? ¿Quién puede desearos ningún mal?

—¡Muchos miserables, señora!

Entonces, ella se revolvía como una leona enfurecida, prorrumpiendo en su voto característico: «¡Bastilla!... ¡Guay, si se acercan esos villanos!».

con la misma voz terrible que Clodoveo interrumpiera el relato de la Pasión empuñando la lanza: «¡Que no hubiese estado yo allí con mis Francos!»

Luego el Rey se retiraba á su departamento, y cuando corría sus cerrojos, después que la condesa le hubiera repetido muchas veces en tono de plegaria: «¿Os cuidaréis, señor? ¡Libertáos de esas ideas!», arrojaba con la punta del pié sus escaarpines al otro extremo de su cámara, brincaba y pirueteaba casidesnudo, y por último, se tendía sobre el amplio y nobilísimo lecho, donde no tardaba en roncar, rodeado de la tibia paz de la alcoba, bajo los opulentos cortinajes...

...Pero, con el transcurso del tiempo, la veneración de la condesa por el Príncipe se había hecho más íntima y ardiente. Con frecuencia se la sorprendía detrás de las puertas, celando la aparición de Luis, y delante de él temblaba, se sobrecogía, se ruborizaba y absorbía con avidez las palabras más triviales que se desprendían de los augustos labios. Con-

siguió que se dejase familiarmente sobre el mármol de sus consolas, algún objeto suyo: el tricornio, sus guantes; y por este artificio tuvo la continuada ilusión de su presencia.

En las sobre-mesa, celebraban, también, largas sesiones, y el eterno asunto del advenimiento del Príncipe á su trono, era tratado apacible y minuciosamente. Por anticipado le avisaba ella de todas las malicias y astucias de los favoritos; y nunca sintióse tan ufana y alborozada como el día en que le profetizó el glorioso sobrenombre con que Francia no tendría más medio que bautizarle.

—¡Vos, Sire, seréis llamado el *Reparador*, porque repararéis, Señor, repararéis!

—¡Sí, desde luego!—respondía el señor Dionisio, con voz muy firme— ¡nosotros repararemos...! ¡nosotros repararemos!

Una noche se hallaban, como de costumbre, sentados á la mesa, bajo la luz de una lámpara mitigada por una pantallita de seda verde.

Jugaban al *trou-madame*, hablando muy despacio.

Un misterioso silencio acolchaba

la estancia y toda la casa. Los muebles y los más pequeños objetos parecían dormitar en una inalterable quietud. Detrás del antiguo reparo de laca de la chimenea, los trozos de un leño pasado se iban consumiendo con ténues estallidos y chisporroteos que llevaban, de cuando en cuando, vellones de ceniza.

Era la hora única, incomparable, deliciosa, en que los armarios cambian entre sí crujidos *masónicos*, en que se escuchan por los pisos altos unas pisadas cautelosas de blandas suelas que se van alejando, y en la desierta calle, resuena el altivo aviso de un cochero, que lleva á los Italianos á su encapotada dueña, y pide el portal franco.

Tenia la condesa en su regazo la bolsa de levantina, henchida de olivas rugosas de ébano y terminada con alforzas junto á la bóveda de marfil. Y la señora mostraba en todo su continente una gravedad calenturienta, á la vez que sacerdotal, de Obispo en el día de su consagración.

A tientas, á través de la seda, sus dedos leves y habilísimos, guiaron una de las bolitas de ébano hasta el

invisible orificio. Resonó un ligero *cric*: la oliva había franqueado el cuello del bolso, y estaba en la «cámara.»

—¡Hay *trou!*—comprobó el Rey jovialmente, y una rápida y viva llama esclareció su rostro.

Y alzada la tapa de la esfera, la señora de Saint-Salbi tomó la oliva, horadada de cabo á cabo, y ayudándose del lindo punzón extrajo la enrollada sorpresa.

El Príncipe murmuró:

—¡Veamos, veamos!

Y ella leyó primero la cifra:

—27. *La Dama encubierta...*

Y después, la divisa:

CON SUS DARDOS EL DIOS DE CITEREA...

que era el principio de una célebre canción de otros tiempos.

El Rey sonrió:

—¡La florecilla es graciosa!

Y luego, consultando el cuadro:

—«18. *La Vinagreta*; 40. *Los Cien Suizos...* ¡Condesa: vos nos habéis ganado; he sido vencido, derrotado considerablemente como el Inglés en Fontenoy!—Y aparentaba por cortesía y agrado, una grande contrariedad.

Mas, en tanto que la señora bajaba confusa la cabeza, el saco de las olivas resbalando á lo largo de su falda cayó sobre la alfombra.

Prestamente Luis bajóse para cogerlo; la condesa, hizo lo mismo; y sus manos se encontraron, se tocaron... y de súbito, entrambas quedaron juntas. Las palmas, un poquito sudadas, muy unidas, estuvieron dos, tres, cuatro, cinco segundos... como imantados, incapaces de sacudir el misterioso entorpecimiento que les paralizaba... Por fin, la señora, allegándose ardentemente el brazo del Rey depositó sobre la augusta muñeca un tierno y religioso beso mantenido, prolongado por sus labios con íntima gula y complacencia.

No reparó en ello el monarca al principio tomándolo como un rendido y legítimo homenaje; pero notando luego el largo, intenso y gustoso fervor de la boca de la condesa sobre su regia piel, recibió la repentina lumbre de la intuición de que acaso fuese amado de la pobre loca, amado con amor violento y medroso. Y en seguida se imaginó los invier-

nos, las primaveras, los otoños de conyugal reposo y opulencia; su autoridad, afirmada, consolidada por la bendición de la Iglesia; la incierta, la efímera y peligrosa impostura, definitivamente regularizada. Con rasgos de fuego, las palabras-talismán *matrimonio morganático*, centelleaban en su cráneo; y cediendo, una vez más, á la temeraria impudencia que le espoleaba y acuciaba en todos sus engaños y embaucamientos, apretó dulcemente su mano contra los labios de la mísera, todavía inmóvil y arrodillada, confesándole su amor por este delicado y zalamero artificio.

Todo el cuerpo de la señora se conmovió; una livida palidez derramóse heladamente en sus mejillas; y muy despacio, tanto que sólo ella debió oírlo, dijo: «¡Haced que muera, Dios mío!»; después, cubriéndose los ojos con un lenzuelo para disimular la turbación que la abatía, sentóse en un apartado taburete, al extremo de la cámara.

Así quedaron mucho tiempo, dentro de un silencio penoso.

A pesar de todo, Roulette sentíase

violento, sofocado del ardor con que acababan de manifestarse estos castos y seniles amores. Y para aliviarse y terminar la escena, hizo donaires con el bolso de las olivas, diciendo:

—En verdad que tenéis un lindo *trou-madame*. ¿Cómo lo conseguisteis?

Con voz moribunda balbució ella:

—Lo tengo de un hermano de mi abuelo... el marqués de Bouvalaise... que era caballero de la Delfina...

La velada acabó en una melancolía solemne, silenciosa; y cuando palideció la llama de la lámpara, los dos se desearon, casi con frialdad, «las buenas noches».



CAPÍTULO XI

«Es posible que ese linaje de organismos gusten de la mentira por la mentira, como se ama el Arte por el Arte, como los Polacos aman las batallas»
BARBEY D'AUREVILLY
El secreto de los naipes

DESDE esa noche, una invencible violencia ataba y entorpecía sus diarios coloquios. El Príncipe y la señora no osaban mirarse, siempre rígidos, secos, tiesos, á distancia uno de otro, los brazos encogidos y torpes. A cada instante, la condesa de Saint-Salbi, vacilaba, acometida de un vértigo de rubores que le empurpleaba las mejillas hasta las orejas. En las comidas, turbábase endulzando las fresas del Rey.

El cual, pasada la perplejidad de los primeros días, no tardó en recu-

perar su ordinaria audacia. Los asientos fueron acercándose poco á poco; y volvieron las dulces y graves pláticas monárquicas. Pero, ya la señora no tenía la misma confianza y serenidad, esa venturosa animación de toda su vida suspensa de los labios del Príncipe, sino que su voz se le rompía y temblaba como á una nonagenaria, iniciaba frases muy lentas, muy largas que no terminaba, y finalmente ya no besaba las manos de su augusto huésped, limitándose á hacerle, cuando se retiraba, una enfática y exagerada reverencia.

Roulette, no sosegaba de pensar en su designio aventurero ni de meditar en los medios para lograrlo. Su casamiento con la condesa le parecía la justa y merecida coronación de su ruda, vagabunda y trabajada carrera. Abrigaba una fe ciega, de rufián, en la buena estrella que hasta entonces le había acompañado. Veía que los mismos sucesos se le ofrecían en dócil complicidad para su maquiavelismo. Desde el principio, todo, todo se le presentaba risueño y fácil. El doctor, peligroso un

instante, había sido despiadadamente expulsado; y ya nadie sabía de él; algunos aseguraban que estaba enfermo, y retirado, sin ejercer la medicina, en un humilde rincón de las afueras; Brígida, era discreta y segura, no viendo en todo este asunto sino una simplicísima farsa de carnaval, de la cual pudiera tener provechos. Actualmente, nada más faltaba el momento propicio de pedir la mano á la señora de Saint-Salbi, claro es que con grande cuidado para no abrumarla por excesivo gozo.

Se iniciaba la belleza de mayo. Del gris melancólico, pasaban los cielos á un azul tímido, y en las sosegadas calles del barrio de Saint-Germain, los castaños verdeaban de tiernos brotes.

La condesa había guardado en los roperos, sus boas, sus rebociños y manguitos de pieles.

Una mañana, apenas Roulette acabara su atavío, sonó sobre su puerta un recio y tembloroso golpe. Sorprendido, dijo: «¡Entrad!» Y luego la señora de Saint-Salbi penetró precipitadamente, desaliñada, sin mito-

nes, saliéndosele las babuchas, á medio empolvar su cabeza. Sus ojos, su boca, toda ella transpiraba un intenso júbilo; quería hablar y no podía, y con la diestra agitaba un fajo de papeles cargado de sellos y timbres.

Roulette lo recogió, sostuvo á la señora, y exclamó vivamente:

—Pero... ¿qué os sucede, condesa? ¿Cómo venís de ese modo?

Recuperando entonces el habla, le enteró ella con frases entrecortadas de la estupenda y venturosa noticia que trastornaba su vida.

—¡Oh... Sire!... ¡Qué me perdone... vuestra majestad si me atreví!... ¡Es que acabo de recibir una carta!... ¡Un primo remoto... olvidado... á quien no veía hace treinta años!... Ha... muerto... y me deja toda su fortuna, su castillo de Langeais... Es una herencia de... de... cuatro ó cinco millones por lo menos... Y... ¡oh, Sire!—y aquí cayó de hinojos— al saberlo, he pensado en seguida: «¡Todo esto será para mi Rey... para la Causa... para nuestras flores de Lis... para el trono y el Altar!...» Y he venido, he corrido á vuestro lado

por deciros: ¡Yo nada quiero de esto; este oro sólo es vuestro, vuestro!

Anhelante, rendida esperó codiciosa que el Príncipe aceptase.

Enternecido hasta mostrar sus lágrimas, él la alzó, en silencio, y confuso, trémulo, también, — pero, por cuan distintos motivos, ¡gran Dios!—Resolvióse, decidióse á todo; y atrajo á la desfallecida criatura de modo que la mejilla de la dama descansase sobre el terciopelo de su traje, allí donde palpitaba tan sonoro su corazón rudo y venal, que ya galopaba ebrio, frenético, delante de los millones...

La condesa, trastornada, transida de emoción, elevaba sus extraviados ojos, palideciendo bajo el tibio aliento del soberano que soplaba deliciosamente sobre su faz; y confirmóse á sí misma ¡toda venturosa! que los robustos brazos de Luis la ceñían, se entrecruzaban encima de ella, mientras que muy despacio, tierno y respetuoso á la vez, le balbucía dentro de su oído estas embriagadoras palabras:

—¡Pues bien, sí, condesa; yo consiento en recibir esa fortuna que me

ofrecéis... pero, la admito con una condición; sólo así: que habéis de dignaros compartirla con vuestro Rey, con vuestro Rey que... desde hace mucho tiempo os ama, sí, os ama—¡oh, con que grande y honestísimo amor!—y que os pide, en esta hora solemne, que seáis su compañera, su esposa, ¡la Reina delante de Dios!

Cuando terminó, la sintió á ella tan blanda, tan derribada sobre su pecho, que tuvo la horrible duda de haberla matado. Pero, este miedo disipóse; la condesa se fué reanimando; exhaló un suspiro de éxtasis, sus párpados, que estaban abatidos, se abrieron; brillaron sus pupilas, brotaron dos grandes lágrimas entre sus pestañas, que luego descendieron por sus ajadas mejillas, y gimió apagadamente:

—¡Oh, Sire, no abuséis de mí! ¡esto es un sueño insensato!

—¡No, condesa, no—le repuso el monarca con infernal pasión--no es un sueño ni yo abuso de vos haciéndoos ese ruego tanto tiempo escondido en mi alma! Ninguna princesa de mi estirpe ¿lo oís bien? ninguna

archiduquesa, es más digna ni más capaz que la condesa de Saint-Salbi para aconsejarme y ayudarme en la gran obra de la restauración del trono de Francia... Vos, seréis la sabiduría y la excelsitud de mi casa... Y desde ahora—y aquí sus ojos resplandecieron con admirable llama—cuando nos encontremos solos, no veáis en mi al soberano, ved nada más, Yolanda, al más rendido de vuestros devotos...

Y diciéndolo é inclinándose, depositó un levisimo beso en la frente de la señora que entreabrió sus labios con sonrisa enfermiza, beatísima, inefable, traspasada hasta su médula de una bienaventuranza que no, no era de este mundo...